

¡LA GENTE NO DICE LO QUE PIENSA PORQUE ES MÁS FÁCIL!



Marco A. Fernández Navarrete
Persona

Todo indica que, la sinceridad “es un remedio de mal sabor, pero con una extraordinaria capacidad de curar la enfermedad”

Teniendo como referente un texto de Jack Welch, referido a su experiencia como Director General de General Electric he querido escribir una breve reflexión sobre “La sinceridad en las organizaciones”, basada en la experiencia personal. En efecto, las personas nos relacionamos e interactuamos de manera multidimensional, directamente, mediáticamente, sincrónica y asincrónicamente... sin embargo parece haber un factor transversal en la eficacia del proceso. Me refiero a la honestidad con la que nos comunicamos.

Diversas razones explican el por qué rehuimos la franqueza como distintivo de nuestro discurso, egoísmo, adulación, inseguridad, conveniencias de corto plazo, “llevar la fiesta en paz”, mala intensión hacia otras personas, complacencia con los demás, aceptabilidad social, entre otros, son algunos comportamientos que nos llevan a mostrar o aparentar caretas en nuestros distintos contextos de socialización. Baste observar nuestro entorno social para darnos cuenta que esta es una constante para nuestros tiempos, es como si nuestros cerebros se fraccionaran en dos columnas que nos permiten ver dos realidades simultáneamente; la verdad y la mentira, prueba de ello cabe preguntarnos ¿Cuántos de nosotros somos capaces de decirle a las personas que nos rodean, lo que verdaderamente pensamos de ellas? Esta falta de honestidad, a veces falsa empatía que suaviza nuestras relaciones sociales, acarrea enormes costos de oportunidad en el desarrollo de las personas, toda vez que, nuestra autoimagen o identidad proviene para todos efectos de cada una de nuestras interacciones sociales a través de nuestras vidas.

La sinceridad que nos cuesta y nos genera dificultades dentro de las organizaciones, tiene grandes ventajas: mejora la eficiencia de los procesos en términos de tiempo y costos, hace posible que la gente crezca con la organización, acarrea confianza y lealtad entre las personas una vez salvadas las dificultades de la sinceridad, agiliza enormemente la gestión cotidiana, genera un sentido profundo de pertenencia en las personas, toda vez que, hace posible su participación honesta y abierta frente al resto del equipo, mejora ostensiblemente nuestra credibilidad en todos los sentidos. En definitiva, aumenta nuestro poder de influenciar el entorno y trabajar en pos de que las cosas sucedan. Ser sincero es una “inversión” de alta rentabilidad social de mediano y largo plazo, a pesar de aquel dicho “cuídate con lo que dices, la honestidad trae muchos problemas en esta organización”, que podría tener razón en el plazo inmediato, pero que representa una enfermedad mortal para equipo proyectada en el tiempo.

Hay que destacar eso sí que, para atenuar los “costos de corto plazo” de la sinceridad, requerimos usar herramientas emocionales para encontrar la forma de comunicar aquello que nos importa a otras personas, conocer al otro y sus modelos mentales nos ayudará a encontrar la manera más eficaz y a encontrar el momento apropiado para comunicar nuestro mensaje. En otras palabras usar el máximo de inteligencia emocional y asertividad en mi relación con los demás me permitirá decir lo que pienso, minimizando los costos sociales.

Recordando anécdotas, con distintas personas que he conocido, puedo relacionar con claridad la falta de sinceridad con la mediocridad. Resulta muy fácil revestir la esencia de nuestro desempeño con falsedades que crean una cortina de humo frente a la calidad de nuestro trabajo. De igual forma, he tenido la fortuna de conocer personas sinceras que en términos generales son poseedoras de una gran conciencia de calidad en su ejercicio laboral.

Todo indica que, la sinceridad **“es un remedio de mal sabor, pero con una extraordinaria capacidad de curar la enfermedad”**. Personalmente pienso que llegó la hora de atrevernos y ser honestos con nosotros mismos y reconocer que no somos sinceros por nuestra propia conveniencia y no para evitar el sufrimiento en los demás. Immanuel Kant afirmaba que esto último es la falacia más común entre las personas.

Marco A. Fernández Navarrete
marco@possibilitas.cl

